

Carta de África: Asombro de un amor

CARTA 1979

A ti, que buscas realizarte, te escribo esta carta desde África; es continuación de otra carta: «Vivir lo inesperado»

Con frecuencia me preguntas «¿cómo realizarme?».

Cuánto quisiera poner mi mano sobre tu hombro y contigo avanzar por el camino.

Juntos, volvemos hacia aquel que, conocido o desconocido, sin imponerse jamás, dulcemente te acompaña.

¿Le dejarás depositar en ese vacío de ti mismo el frescor de una fuente? ¿O te sonrojarás de ti mismo hasta el punto de decirle «yo no soy digno de que me acompañes»?.

Lo que fascina de Dios, es su humildad. Él no castiga nunca, no tira de la cuerda ni hiere nunca la dignidad humana. Viniendo de nosotros, todo gesto autoritario desfigura su rostro y hace huir.

Y Cristo, «pobre y humilde de corazón», no fuerza nunca la mano de nadie.

Si Él se impusiera, no te invitaría a seguirle.

En el silencio del corazón, incansablemente, susurra en cada uno esta palabra: «no tengas miedo, estoy aquí».

Él llama a la alegría, no a la tristeza.

No gemir ante las ataduras que te aprietan o ante la tiranía de un yo que quieres proteger. Ni replegarte sobre ti mismo para ir sobreviviendo, sino en todas las edades, nacer de nuevo.

Su alegría, no para apropiártela, pues la felicidad se te escaparía.

Desearía poder abrir contigo un camino para crear con tu propia vida el poema de un amor con Él. En absoluto un poema de facilidad, pues hasta en tus días grises, está presente su alegría y su mismo gozar. Sin ellos, ¿quién se realizaría?

Cualesquiera que sean tus dudas o tu fe, lo que cautiva, Él lo puso ya ante ti.

Nadie podrá responder en tu lugar. Eres tú quien tiene que atreverse.

¿Cómo?

Marchar lejos para sumergirte en las condiciones de los más rechazados; derribar los poderes de injusticia; devolver al hombre su dignidad; ¿es esto exponerte? Sí; pero no es el todo de la

vida.

Aún más: compartir tus bienes, ¿será esto la audacia del Evangelio?

Llegará el día, en el que para seguir a Cristo, serás impulsado a ello ineludiblemente. Responder a esto te supondrá permanecer en las fuentes inagotables. El que renunciase de antemano a saciar allí su sed, se convertiría, sin darse cuenta, en un doctrinario del compartir.

Pero, ¿cuál es, para todos, el mayor de los riesgos propuesto por este Humilde de corazón? Es: «*Vivir la pascua con Jesús*».

Con Él atravesar el paso de la muerte a la vida; acompañarle a veces en su agonía por toda la familia humana; y cada día comenzar ya a resucitar con Él.

La alegría, no el agobio. En cada instante depositar todo en Él, hasta el cuerpo cansado. Y esto, sin métodos especiales; habrías perdido el sentido de la oración.

¿Sabrás esperarle incluso cuando tus propias profundidades gritan de soledad y hacen surgir de tus entrañas la última pregunta «*dónde está Dios*»?

Esperarle, incluso en la aridez de esta tierra sedienta que es tu cuerpo y tu espíritu. Esperar también, con muchos otros, un acontecimiento en el hoy de la humanidad. Este acontecimiento no tiene nada que ver con algo maravilloso o fabuloso, ni mucho menos una proyección de ti mismo. Fruto de una espera orante, se inscribe concretamente en el surco de un milagro de Dios.

En la oración siempre pobre, como el relámpago que atraviesa la noche, descubrirás su secreto: sólo te realizas en la presencia de Dios... y harás que otros descubran a Dios ante todo por tu propia vida.

En una ardiente paciencia, no te preocupes de que reces mal. ¿Lo ignoras? Toda pretensión espiritual es ya la muerte del alma.

Incluso sin reconocerle, ¿te mantendrás ante Él, en largos silencios donde parece que no pasa nada? Ahí, con Él, se elaboran las más fuertes decisiones. Ahí se disuelven los continuos «*¿para qué?*» y el escepticismo del hombre desilusionado.

Díselo todo y déjale cantar en ti el don radiante de la vida. Dile todo, hasta lo indecible e incluso lo absurdo.

Cuando no comprendas bien su propio lenguaje, díselo.

En tus luchas, Él suscita en ti una palabra, una intuición, una imagen. Y germina en ti una flor de desierto, una flor de alegría.

¿Realizarte? Me gustaría allanar para ti el sendero que lleva a las fuentes de agua viva. Allí, y no en otra parte, se desarrollan la imaginación y las fuerzas viriles del riesgo.

¿Lo sabes bien? En cada ser humano hay un don irremplazable. En mayor o menor medida todo te habita, todas las tendencias. En ti las tierras fértiles; en ti los desiertos quemados.

¿Realizarte? No te sitúes en el rango de los que creen haber llegado. Perderías las energías vitales y esta transfiguración de la voluntad en capacidades creadoras.

No te complazcas en ti mismo. No te entretengas en situaciones sin salida. Sin vacilar, pasa a la etapa esencial; date prisa.

Sin darte cuenta, puedes herir lo que tocas. Sólo Cristo toca sin herir.

Considera al otro no en una fase de su existencia sino en todas las etapas de su vida. Tampoco intentes separar la mala hierba del buen grano. Arrancarías los dos a la vez y ¡qué devastación dejarías! Habrías cambiado la perla preciosa por las tierras agrietadas incapaces de retener el agua.

Me dices también «¿cómo realizarme cuando tal imagen de mi propia historia recubre de cenizas la fuente de agua viva? ...nadie puede olvidar los estragos del pasado y menos aún el sentimiento de culpa, tenaz, hiriente.»

Un sólo suspiro salido de tus entrañas y ya estas inundado de confianza. De lo que te encadena, Dios se ocupa.

Para ti, esta oración: «*Perdónales, no saben lo que hacen; perdóname, no sabía lo que hacía.*»

Amar, se dice pronto. Perdonar es llegar hasta el extremo del amor. Perdonar no con el fin de cambiar al otro, sino únicamente para seguir a Cristo. Nadie puede acercarse más al Dios vivo... y así también tú eres una fuente de perdón.

En los momentos de oscuridad, cuando se pierde el sentido de la vida y hasta tu identidad, brilla un resplandor suficiente para iluminar tu noche...

...Se adentra en ti el fuego de su perdón y se disipa tu propia confusión; Él te llama por tu nombre; y este fuego quema incluso las raíces de la amargura. Este fuego no dice nunca «*basta*».

¿Realizarte? ¿Dudarías ante una opción por temor a equivocarte? ¿Te dejarías deslizar en las zonas pantanosas de tus dilaciones?

Sábelo, un sí a Cristo para toda la vida comporta una parte de error; pero está purificado, ya desde el comienzo, por un acto de fe. Entonces marchas sin ver, confiando en su palabra.

No llames más a tu propia oscuridad para encubrir tu rechazo. Arranca tu mano de delante de tus ojos para asumir el mayor de los riesgos «*vivir la pascua con Cristo*».

¿Realizarte? Llega a ser lo que eres en el corazón de tu corazón. Tienes un Padre, llega a ser lo que eres, su hijo.

...y se abren las puertas de la infancia, el asombro de un amor.

Hermano Roger, de Taizé

Nov-dic. 1978